

Bajo el Signo del Temblor

POR EMILIO S. BELAVAL

Pensando en la intensa tarea que realiza la gota de agua en el tinajero —reproducir cielos trémulos, repintar una tierra estremecida, buscarle reposo a la eternidad en el temblor de un agua llana —he sentido vergüenza ante la modesta tarea que me ha asignado el destino



BELAVAL

al poner sobre mis hombros medio siglo de pesadumbre. No hay evidencia entre los pequeños indicios de lo creacional que el agua haya llegado a desesperarse alguna vez. Pero hay evidencia de la agonía perenne del hombre dentro del mundo desordenado en que le ha tocado vivir. La pregunta sin respuesta es: ¿Por qué cuando más sólidamente creemos estar viviendo, de pronto, sentimos que todo se derrumba a nuestro alrededor? La realidad es que las civilizaciones, una tras otra, están sometidas a un impenetrable proceso de demolición. Veamos el ejemplo:

Roma tuvo todo lo que una gran civilización hubiera necesitado para quedar, por un largo rato de siglos, dueña del mundo: los mejores oradores políticos, las más victoriosas legiones militares, grandes conocedores del pensamiento filosófico de la antigüedad, el sistema de jurisprudencia civil más perfecto que ha conocido el mundo, nociones claras del Derecho de gentes, los más hábiles administradores públicos, bastante virtud ciudadana, aquella creencia en el destino imperial que unos cuantos siglos después, el debilitado Mussolini describiría como "el hábito de la victoria". Pues con toda esa elocuencia, ese poder, esa sabiduría, acabó el imponente aparato de la burocracia romana. Si bien el burócrata romano no intervenía en el mapa de la campaña militar o en la adopción del decreto, decidía sobre la clase y el momento en que debía comprarse la rueda del carrmató de campaña o cambiarle las arneses al tiro de sangre o el sitio donde obtener el forraje militar. Este fraccionamiento del mando, la reducción al mínimo de la discreción administrativa, hacía tan difícil la planeación de los asuntos menudos del Im-

perio que se convirtió en la más dificultosa tarea del hombre de empresa.

Desde entonces, cuantas veces una civilización ha intentado dar un paso hacia adelante, se ha visto detenida por la complicación que crea a su alrededor la burocracia moderna, una autoridad pluricelular que apenas conocemos. Se trata de un inocente régimen de pequeños criterios blindados por una concepción rígida del arte de gobernar. Tal parece como si se hubiera desclavado del cielo la concepción mecánica del universo para enclavarla en la sociedad humana.

Parece que el estado puertorriqueño no logrará mejor suerte que la del estado romano. Todo el espíritu de reforma social, económica, la distribución de la cultura, está sujeta a una creciente complicación de nuestro imponente aparato burocrático. La que más afectada parece ser es la pequeña economía de la cual vive la gente, casi toda la gente, hoy al borde del colapso. La gran economía no ha resuelto nuestros problemas. La verdad es que son tantos los millones que han pasado cerca de nosotros que ya casi no nos interesan. Los vemos llegar y partir con la misma breve curiosidad con que contemplamos el juego migratorio del Julián Chivi en los campanarios de nuestras iglesias. Nuestra musa popular ya se ha ocupado de la glosa del desengaño:

Son ya muchos los millones
que vienen pa Puerto Rico,
a engolosinar a los pobres
y a rehabilitar a los ricos....

El más alto ideal a que debe aspirar un puertorriqueño de nuestro tiempo es a la simplificación de nuestra vida nacional. El rescate necesita una rectificación a fondo del simplismo cientificista, de ciencia sin conciencia del destino del hombre, que ha producido nuestro complejo imitativo. Habrá que ir despacio, pero bien vale la fatiga, la salud de nuestra patria.

N. de R. —La columna "Nuestra Gente" seguirá apareciendo cada dos días. La próxima aparecerá en nuestra edición del miércoles.

Claroscuro

El Opio de las Masas

Bajo el Signo del Temblor (2)

Por EMILIO S. BELAVAL

En el artículo anterior llegamos a la conclusión que "el más alto ideal a que debe aspirar un puertorriqueño de nuestro tiempo es a la simplificación de nuestra vida nacional". Tal vez la más urgente de todas las simplificaciones sea la simplificación de nuestra lealtad al ser puertorriqueño. Los puertorriqueños no tenemos más remedio que sentirnos puertorriqueños en nuestra tierra o declararnos decididamente extranjeros en Puerto Rico.



Emilio S. Belaval

Este ha sido un pueblo bastante desgraciado en esto de no poder ser lo que, por lo general, todos los pueblos son natural y espontáneamente.

Lo primero, que nuestro sedimento indio fue siempre escaso. No pertenecemos ni pertenecemos en ninguna medida considerable a una raza india que nos legara su complejo porvenir oriental.

Dicen, que por el estudio de nuestra dentadura, se puede llegar a la conclusión de que aún tenemos determinado por ciento bajo de mezcla india. Sin embargo, cuando vinieron algunos científicos hispanoamericanos a estudiar a nuestra anterior Escuela de Medicina Tropical, los patólogos anotaban como una curiosidad, las características indias que demostraban las escasas patologías de tales caracteres. Comparados con los bloques indios de nuestras coterráneas hispanoamericanas, nosotros somos un pueblo esencialmente constituido por blancos y negros, y ya esto, dentro de las actuales corrientes del pensamiento racial que hemos recogido de nuestra actual asociación con los Estados Unidos de América, es bastante problema. Quizás el hombre americano que mayor posibilidad de subsistencia geopolítica tenga sea aquel con un treinta por ciento de sangre india. Contrario a lo que se supone, las mejores civilizaciones americanas han resultado ser aquellas con un mayor bloque indológico.

Si bien nuestra composición originaria fue española, no debemos olvidar que la grandeza humana de la nación española, se la debe al hecho de haber sido una raza profusa-

mente mezclada. Esta diversidad de aptitudes, esta variedad de culturas y trasplantes, estas raíces ignotas del ser español, esparcidas por todos los mundos, —sobre todos los mares, España— fue el primer gran regalo que le hizo la historia a nuestro pueblo. El español nutrido como lo está por todas las razas migratorias y conquistadoras del mediterráneo, del Cercano Oriente, del Norte de Africa, de Palestina, del bloque euro-asiático, apenas conoce, lo que son los problemas de raza. No creo que un andaluz y un catalán lleguen alguna vez a reñir por el color de su epidermis. Lirio judío, clavel de España, le llama Federico García Lorca, a Nuestro Señor Jesucristo.

Su lucha ha sido más con la clase que con la raza. En las provincias de Ultramar no se desarrolla nunca la tensión entre la sociedad aristocrática que produce la Monarquía y la Sociedad llana que produce la burguesía. Aquí todos crecimos dentro de la extraordinaria aventura que fue la colonización o nos disminuimos con los vicios que produce la desilusión, la tierra baldía, la ausencia del sentido cristiano en la familia, la falta de moral para organizar el porvenir de la tierra. En nuestra provincia la clase más alta era aquella que dominaba los empleos de la Corona, las magistraturas de la administración y los fajines militares. Frente a ella, estaban los comerciantes, los agricultores, los pequeños negocios, los empleados de la lonja y los asalariados de la tierra.

Como toda nuestra sociología la hemos organizado en abstracto, como una especie de imitación del Reino animal, con todos los patrones ideales que ha puesto de moda el intelectualismo utópico de los inventores de sociedades humanas perfectas, nos hemos olvidado un poco de nuestro propio ser, de nuestra condición de habitantes de un mundo económico concreto, de nuestro pasado, y más aún, de nuestro porvenir.

De manera que una de las lealtades que le debemos a nuestro pueblo es empezar a desarrollar la conciencia de que tanto la raza, como la clase, la riqueza de las naciones como los esplendores geopolíticos de cualquier civilización, son estructuras frágiles que se quiebran ante el torrente cósmico. Que solo el hombre es eterno.

Bajo el Signo del Temblor (3)

Por EMILIO S. BELAVAL

La "clase" es el verdadero problema de la igualdad humana. Se trata de una categoría artificial creada por cosas tan imponentes e inestables como un trono, una fortuna



BELAVAL

o una virtud burocrática. Las divisiones convencionales de la anterior sociedad humana eran: la nobleza, basada en un curioso traslado de la selección natural a la sociedad humana; la burguesía, una selección artificial interesada que organiza las riquezas de las naciones; la clase media, una integración desinteresada de los hábitos culturales más característicos de cada pueblo, dentro de la cual, la buena educación organiza el profesionalismo, la virtud burocrática, el patronato de las artes. Detrás de estas clases estaba la masa, esta cosa que con una crueldad tan inútil como imprecisa, seguimos llamando el pueblo bajo. Se suponía que el pueblo no tenía clase, siguiendo las turbias enseñanzas de las sociedades aristocráticas.

La historia de las naciones siempre fue la lucha de las clases aristocráticas por dominar el estado llano, de los militares por domeñar al pueblo; la lucha del pueblo por destronar a los reyes, meter en el cuartel a la tropa y en la cárcel a los agiotistas.

Por los atributos recogidos durante su largo proceso de humanización, cada hombre resulta libre ante la naturaleza y ante las otras especies animales, y es esta libertad connatural, la que garantiza tanto la igualdad moral como la diversidad biológica de los hombres entre sí. Podría decirse que cada ser humano desde que nace tiene su "clase" aparte, distinta composición en el orden de la inteligencia, de la sensibilidad, de la creatividad. Esta larva del ser clasístico, nacido en la atmósfera más pura de la persona-

lidad tiene una legitimidad indiscutible entre los derechos más ingénitos de la humanización.

La "clase" no es una transferencia biológica que pueda adquirirse por cruce; no es uno de los frutos del hombre violento contra el hombre civil; no crea grupos humanos de mayor o menor selección. En virtud de su libertad ante la naturaleza y las otras especies animales, tan pronto nace, obligado queda el hombre a una igualdad irremisible dentro de la categoría humana, a su proximidad, el concepto religioso de la "clase" única, de la "clase" universal, la que hace irreal embelequera y artificiosa toda servidumbre humana por razón de "clase".

Si queremos conservar en todo su sentido humanístico el concepto religioso de la clase, su posición ante los valores de la individualidad, su contenido útil para una antropología social, no tenemos más remedio que considerar la "clase" como una condición moral de la persona, una auto-restricción de los instintos coactivos, una virtud que tiende a la bondad, al altruismo, a la compadrería, sin categorías sublimes ni hurtos de poder.

Establecida la naturaleza moral de la idea, la única división de los seres humanos por razón de "clase" que tendría sentido, sería la división entre los hombres que creen en el bien y los que creen en el mal, siendo las personas buenas las únicas con suficiente fuero de cristiano viejo para tener "clase". En nuestro pueblo, pueblo maestro en eso de conservar juicios de valor humano, es corriente el uso del término: —la señora tiene clase— para resaltar la bondad, la generosidad, la disposición al olvido de la persona señalada. No hace mucho una distinguida dama, tratando de describirme la "clase" de las viejas sirvientas de Puerto Rico, me decía: —se paseaban por la casa como grandes señoras; siempre limpias, hacendosas, serviciales, amantes de la familia que servían.

La idea moral de la "clase," la genealogía cristiana de la proximidad es la única (Pasa a la Pág. 46)